

A propósito de Nick Henck. *Insurgent Marcos: The political-philosophical formation of the Zapatista Subcommander*. Raleigh, Contracorriente, 2017.

Jaime Ortega Reyna

En 2016 Nick Henck investigador de la universidad de Keio en Tokio, Japón, publicó en la editorial Contracorriente *Insurgent Marcos: The political-philosophical formation of the Zapatista Subcommander*. Se trata de una investigación que da una nueva vuelta de tuerca sobre un tema que ha fascinado a propios y extraños: el conjunto de elementos que dan forma y sentido a la “ideología” del “Subcomandante insurgente Marcos”. Elemento que ha suscitado polémicas, aproximaciones diversas y reconstrucciones sugerentes a propósito de uno de los personajes centrales de la última parte del siglo XX y que le ha dado vida voz al movimiento más significativo del México contemporáneo.

Si bien la estrella del zapatismo ha declinado en los últimos lustros – particularmente tras la “Otra campaña” que lo alejó de una mayoría social que optó por la vía electoral para expresar el malestar social– no deja de ser una presencia constante y un símbolo múltiples ocasiones visitado por quienes sostienen posiciones anti capitalistas o radicales. En el contexto del ascenso de un gobierno nacional-popular, la tensión se mantiene abierta y amenaza con radicalizarse, en la medida en que el zapatismo como corriente, aún posee no pocos elementos para la movilización tanto simbólico como social.

El zapatismo es un fenómeno plural, quienes lo han estudiado en detenimiento –tanto mexicanos como extranjeros– se han visto envueltos en una narrativa fascinante, en donde el pensamiento indígena, la tradición agrarista de la revolución mexicana, el anti capitalismo contemporáneo, el anarquismo y una gran dosis del sentido del humor se traman de manera compleja. Contrariamente a lo que cierta fascinación posmoderna amplificó, una de las múltiples raíces ideológicas de aquel movimiento se encuentra en el marxismo y en especial en una forma que fue defenestrada después de los años ochenta.

Ese es el objeto de estudio de Henck en un libro que contempla colocar a disposición del público de habla inglesa, además de un estudio detallado y pormenorizado, un conjunto de sugerentes apéndices. A diferencia de otros estudiosos que rondan la temática, el corpus sobre el que trabaja no son centralmente los comunicados de la comandancia, ni tampoco los cuentos y otras formas narrativas que han hecho famoso entre la izquierda al movimiento zapatista. Se centra en elemento más complejo y difícil de asir: la figura del subcomandante Marcos, hoy rebautizado como Galeano.

Los primeros capítulos abrevan de la formación de “Rafael Sebastián Guillén”, es decir, de los impulsos literarios de un joven nacido en Tamaulipas, al norte de México que posteriormente se traslada a la capital durante los años

setenta. Es en ella, en donde encontrará una mayor posibilidad de desarrollo intelectual. Las lecturas del joven Guillén son centralmente literarios.

El segundo capítulo abreva de los elementos formativos e ideológicos alrededor de las Fuerzas de Liberación Nacional. A partir de investigaciones y documentos variados, tanto de Sebastián Guillén como de la organización, discurre sobre las tendencias ideológicas. Se muestra con claridad el carácter multi forme de la ideología, con un fuerte énfasis de guevarismo y de “marxismo-leninismo” a partir del cual los jóvenes buscaron asediar la realidad chiapaneca en los años ochenta.

El capítulo tercero es el más amplio de todos. Se trata de un capítulo que podría formar sólo un libro o al menos un carácter significativo de la recepción del pensamiento francés en México. En él se discurre sobre el “eclecticismo intelectual” de la intelectualidad de la época, así como su capacidad para la recepción a partir tanto de contactos individuales como de marcas de época. Nombres como los de Césareo Morales --quien estudiará en Francia y en México prologará obras del francés-- como Alberto Híjar, se vinculan inmediatamente con la formación teórica de Sebastián Guillén. El capítulo abreva, centralmente, de la presencia de Louis Althusser y Nicos Poulantzas en el pensamiento del joven militante. Del primero enlaza una larga discusión sobre el problema de la ideología y la forma particular en que se utilizó el arsenal conceptual para entender la dinámica simbólica del Estado mexicano. Según el investigador, el “espíritu althusseriana” se mostraría con claridad en la carta que el ya Subcomandante Marcos dirigiera a Adolfo Gilly. La presencia del griego-francés, aunque intensa, lo es un poco menos que la de Althusser. El rastreo detecta una fuerte influencia a partir del problema de la democracia y el mandar obedeciendo.

El capítulo cuarto, uno de los más densos, rastrea la presencia de la obra de Michel Foucault. Se trata de un desplazamiento de los documentos y textos. Si con los franceses se privilegia la tesis de licenciatura; en este caso se lee de otra manera la especificidad política del discurso. Varias son las pistas que permiten sostener una presencia de Foucault en la trayectoria política del subcomandante: una visión del poder no esencialista, la utilización de la genealogía como método alternativa de reconstrucción y finalmente, la disputa por el monopolio de la historia al Estado nación. Este capítulo es una aportación sugerente, pues permite ampliar las formas de operación de la teoría en textos no teóricos, sino divulgativos o agitativos. En el centro se encuentra la desestructuración de una narrativa única sobre la nación y el lugar que los indígenas tienen en ella. Además, abreva de un tema poco estudiado, como lo es la recepción de Foucault por fuera de la academia (tema también poco visitado en México).

El último capítulo sugiere un sendero sobre el cual se ha escrito en menor medida. Se trata de la presencia del pensamiento de Antonio Gramsci en el discurso del subcomandante. Como es bien sabido, Gramsci operó y fue identificado durante los años setenta y ochenta con fuerzas políticas que rechazaban el método armado. Amén de que se volvió, después de 1989, en el

único marxista presentable a ojos de la academia occidental. Anudado a estas circunstancias, se encuentra que el encuentro de Gramsci, podría suponerse, fue a partir de las primeras críticas que Althusser le dirigiera. Sin embargo, a partir del gesto de portar un libro de Gramsci durante la primera ofensiva militar en 1994, es que se discurre en una latente presencia del italiano. Según Henck existen cinco temáticas donde Gramsci puede ser rastreado: la utilización de un lenguaje común (como el de sociedad civil); el uso de la táctica de la “guerra de posiciones”; la apreciación de la centralidad política de la cultura; su papel como “intelectual orgánico” del movimiento; el “mandar obedeciendo” como la llave de la práctica política. Si bien detecta diferencias, el balance permite suponer que efectivamente, Gramsci opera en “estado práctico” en más de una ocasión, a pesar de la reiterada crítica al historicismo que el propio sub-comandante hace.

Finalmente, como apéndice, se entregan dos breves segmentos de la tesis de licenciatura de Rafael Guillén, así como una carta del Subcomandante Marcos al ya citado Gilly. Ambas son, para el idioma inglés, un aporte significativo, pues expresan los diversos momentos de la aventura intelectual.

Dicho esto, es posible evaluar de manera panorámica el aporte del libro. Se trata de una investigación original, producto de la fascinación del carácter herético de un personaje que cimbró el muro del consenso neoliberal. Se trata, también, de un movimiento que permitió la apertura a una tendencia de pensamiento a nivel global, denominado hoy sintéticamente como autonomismo. Finalmente, hunde sus raíces en la historia de México y de los vínculos con el mundo intelectual.

Es quizá este uno de los temas más complejos, que rebasan la fascinación por un personaje. Al final de todo, Sebastián Guillén y luego el Subcomandante, hacen parte de una trayectoria política y cultural que tiene sus propias llaves de desciframiento. Por ejemplo, se encuentra la paradoja de un Estado que recibe constantes exilios izquierdistas, pero aplica la mano dura. Que promueve el nacionalismo y el discurso revolucionario en medio de la represión a sus “enemigos internos”. Un país en donde el marxismo se integra a la cátedra universitaria, desde donde se expande a proyectos editoriales, culturales y políticos.

A nivel de la producción intelectual ello también sugiere múltiples contradicciones. México es el espacio de producción en donde conviven la filosofía de la praxis, la crítica de la economía política, la recepción profunda del althusserianismo y el gramscianismo, una presencia constante –aunque más débil– de la “Teoría crítica de la sociedad”, así como numerosas corrientes locales, tanto políticas como intelectuales, que dialogan con las experiencias chinas, cubanas y centroamericanas. Así mismo, todo tipo de exilios son parte del trazado de las grandes avenidas de la cultura y la política.

Este caldo de cultivo es el que explica, en gran medida, que el “neozapatismo” sea un árbol con múltiples raíces ideológicas. En ella, como dijimos al principio, conviven de manera diferenciada, distintos componentes. Algunos de ellos que podríamos considerar locales –como lo es la veta radical de la revolución

mexicana- y otros que se extienden por el globo de manera mucho más uniforme – como lo es la crítica a las formas de la modernización capitalista contemporánea–, formando un entramado categorial, simbólico y político de importantes dimensiones.